

Valparaíso, Sarmiento y “El Mercurio”: Un ejemplo de construcción cultural de la nación

Por Fernando Rivas Inostroza*

Domingo Faustino Sarmiento, dentro de los múltiples oficios y responsabilidades que desempeñó, fue permanentemente un periodista. Ya sea en Chile o en Argentina su vida siempre estuvo vinculada a las letras y a la exposición de su pensamiento en forma pública a través de los periódicos, tanto así que murió escribiendo en Paraguay, adonde se retiró en el ocaso de su vida.

Sarmiento fue un hombre acostumbrado a escribir y que ayudó a la construcción cultural de la nación, desde su papel mayor como intelectual, no sólo respecto de Chile y de Argentina, sino que también de otras naciones latinoamericanas. A muchas de ellas llegó la onda expansiva de su potente pensamiento para favorecer sus intenciones de convertirse en repúblicas e incorporarse al mundo capitalista desarrollado y en expansión del Siglo XIX.

Sarmiento luchó no sólo con las armas sino que principalmente con su inteligencia y con su pluma por dar una fisonomía moderna a nuestros países. Su rol como redactor y su fama como articulista llegó a Chile precedida de diversas publicaciones en su patria, de las cuales la más significativa había sido “El Zonda”.

En Chile su fama como intelectual y como educador se inicia precisamente en el terreno del periodismo, durante su segundo exilio, adonde lo impulsa quien será uno de sus más cercanos amigos y protectores, José Victorino Lastarria. Sarmiento llegó a vivir pobremente en Santiago junto a otros emigrados. (Había nacido pobre, en Carrascal, uno de los barrios menesterosos de San Juan). Ocupaba un departamento en los portales de Sierra Bella, en el sector de la actual y céntrica calle Ahumada. Se trataba de un salón cuadrado muy espacioso, según recuerda el mismo Lastarria, al centro una mesita con una silleta de paja y en un rincón una cama pobre y pequeña. En un sector había una larga fila de

*Fernando Rivas es periodista, Magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV) y Doctor © en Historia por la Universidad de Chile. Actualmente se desempeña como profesor en la Escuela de Periodismo de la PUCV y su línea de investigación es la de la historia de la prensa.

cuadernos arrumados en orden, como en un estante, pero sobre el suelo enladrillado en el que no había estera ni alfombra¹.

Lastarria lo retrató así en sus “Recuerdos Literarios”: “ El hombre era realmente raro: Sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos , y por todo el conjunto de su cabeza que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante”².

Fue Lastarria, quien convencido de las capacidades de este extraño exiliado, quien le buscó una oportunidad en el periodismo y la logró en “El Mercurio de Valparaíso”, a la sazón dirigido por el famoso editor y tipógrafo español Manuel Rivadeneyra, quien aceptó publicar un artículo suyo en la sección Correspondencia. Se trataba de un nuevo nexo con esta ciudad con la que tuvo varios vínculos en su vida, desde su primera visita a nuestro país, cuando era prácticamente un niño.

El artículo, titulado “12 de febrero de 1817”, sobre la batalla de Chacabuco, vio la luz un día antes del aniversario 24 de ese hecho histórico, el jueves 11 de febrero de 1841, e iba firmado por “un teniente de artillería”, y Sarmiento lo redactó en parte sobre la base de los recuerdos que de tal acontecimiento tenían algunos de sus parientes más cercanos, quienes habían participado en los hechos de armas.

Este artículo fue de gran aceptación, pues hizo ver a gran parte de la sociedad chilena de la época lo débil de su memoria, ya que tan sólo a casi un cuarto de siglo no se recordaba un hecho tan significativo para la libertad e independencia nacional y menos aún se rendía el tributo a sus héroes máximos, como el general y Libertador José de San Martín, que se encontraba sumido en el ostracismo en Europa.

El texto estaba muy bien redactado y remeció las conciencias de una sociedad aletargada y que a pesar de discurrir por una senda autónoma en lo político, parecía conservar la calma y anodina vida cotidiana propia de la Colonia, en parte por la

¹ Donoso, Armando; “Sarmiento en el Destierro”, M Gleizer, editor; Buenos Aires, 1927, Pág. 13

² Ibid Op. ant. Cit. Pág 14

persistencia de muchos usos, costumbres y mentalidad propios de los españoles. De hecho Rivadeneyra entusiasmado por el éxito del artículo, se comunicó con Lastarria y le ofreció a Sarmiento una paga de 30 pesos mensuales para que aquél siguiera publicando artículos editoriales semanalmente en su periódico.

Sarmiento dejó en evidencia de inmediato su perspectiva para acometer grandes temas y remover conceptos fundamentales de la sociedad chilena, contribuyendo a la renovación intelectual y política que se estaba gestando en el país y que alcanzaría uno de sus puntos más altos con la generación del 42, que impulsó cambios intelectuales y políticos por la senda del liberalismo.

De hecho, la figura de San Martín fue reivindicada, recordada y aquilatada de modo más justo, después de este artículo. El mismo Sarmiento así lo apreció. Según dijo, fue “un acontecimiento político y literario por aquellos mundos y aquellos tiempos. La rehabilitación de San Martín y un escritor salieron de ahí; el pasado y el porvenir”³.

Valparaíso pasó otra vez a enlazarse con la vida del famoso sanjuanino como había ocurrido otras veces casi de un modo natural, debido a las conexiones no sólo viales sino que también histórico-sociales, que unen a esta ciudad-puerto con la zona de Mendoza. Esta fue una de las primeras comunidades en acogerlo cuando huyó de las persecuciones, tanto en 1831 como en 1840, y en ella trabajó y vio después crecer su fama como periodista y polemista.

El espacio que tuvo en “El Mercurio” de Valparaíso, Sarmiento lo supo aprovechar, pues no sólo rescató a figuras señeras como San Martín, sino que también abogó por la fraternidad entre chilenos y argentinos como fruto de la lucha contra los españoles en la ruta del Ejército Libertador. No en vano, el segundo artículo que publicó en el destacado periódico porteño es uno referido a la batalla de Maipú (publicado el 18 de abril de 1841), en donde también resalta la trascendencia de ese hecho para la confirmación de la libertad de Chile.

Sin embargo, su actuación en “El Mercurio” fue muy breve. Bajo contrato estuvo desde el 5 de marzo de 1841 al 25 de agosto de 1842, donde abordó temáticas diversas,

³ Ibid. Op. ant. Cit. Pág. 22

tanto en las páginas editoriales, en las que secundó las políticas del Gobierno del Presidente Manuel Bulnes, como en otras más bien misceláneas y de costumbres.

Famosos y muy apreciados fueron sus artículos firmados por “Pinganilla”, seudónimo que hacía alusión a un pícaro primate de actuaciones circenses, en los que aborda temas de costumbres, “comentarios del ambiente, con ribetes de censura de los hábitos sociales, literarios y políticos”⁴ y que tienen que ver con la conformación de la identidad nacional. Uno de ellos por ejemplo es el artículo sobre la cueca y la zamacueca que por ese entonces comienza su ruta para convertirse en el baile nacional.

Sarmiento toca estos temas pues ve en ellos la conformación del carácter nacional, el cual va determinando no sólo el modo de ser sino que también la vinculación entre éste y sus opciones de desarrollo social, político y económico. Este escritor y periodista no ve a la cultura separada de las costumbres cívicas, sino que por el contrario las concibe en mutua interrelación y determinándose mutuamente, de modo que la cultura no es más que expresión de las opciones sociales y políticas que tenga cada pueblo.

Sarmiento ve a Chile, en esta época, estancado y aún demasiado español. No ha logrado el país, a pesar de que ya han pasado más de dos décadas, alejarse del pensamiento y modo tradicional hispano, el cual sigue manifestándose a nivel de las expresiones populares, como de las instituciones.

Como periodista, Sarmiento es mordaz y sarcástico. No duda en trabarse en arduas disputas con otros redactores y periódicos como “La Guerra a la Tiranía”, a la que critica y ridiculiza constantemente y lo hace a través de metáforas picarescas y risibles, que causan escozor entre sus adversarios.

De allí que su palabra tampoco pase inadvertida.

Dos son sus grandes polémicas a través de las páginas de “El Mercurio”, que vio acrecentar con este motivo su circulación en Santiago, donde esperaban con ansiedad la llegada de los últimos ejemplares para imponerse de los conceptos que vertía el ácido redactor y que luego circulaban por los salones y corrillos intelectuales. El primero versó sobre el “lenguaje popular” y el derecho que tiene el pueblo a imponer su sello y su uso al idioma, por sobre las reglas de gramáticos y puristas del lenguaje, lo cual fue conocido

⁴ Castro Silva, Raúl; “Prensa y Periodismo en Chile”, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1958, Pág. 139.

como “la cuestión literaria” . Y el segundo se refirió a la corriente “romanticista” que por aquellos años llegaba desde Europa y que también estaba vinculada con lo anterior. .

Sarmiento se declaraba seguidor de los preceptos de Mariano José de Larra, novelista, dramaturgo y periodista romántico, que tampoco concebía a la cultura separada de lo político, respecto del lenguaje y la literatura española, a la que consideraba caduca y carente de novedad y proyección. Incluso le rindió un tributo al firmar varios de sus artículos como Lord Agirof, que es un anagrama de Fígaro, seudónimo que usaba Larra para firmar, a su vez, algunos de sus artículos.

Sarmiento en ambas ocasiones se opuso a los dictámenes de don Andrés Bello, que por aquellos tiempos, sentaba cátedra respecto del idioma y de sus formas en nuestro país, y también se indispuso en más de una ocasión con José Victorino Lastarria, quien finalmente encontró la razón y el sentir de los tiempos en las palabras del redactor argentino.

Uno de los puntos culminantes de aquellas polémicas fue el artículo del 22 de junio de 1842, de la sección Variedades, titulado “Los gallos literatos, memorias inéditas de una gallina de Guinea que vivió diez años en la República del Gallinero”, que hacía referencia y escarnio de escritores tradicionalistas, parodiando un libro de reciente llegada titulado “Vida pública y privada de los animales descrita por ellos mismos”⁵.

En él, Sarmiento se refiere respecto de los gallos literatos a la “degenerada estirpe castellana”, a la que describe como “pocos aliñados en sus vestidos, usan del color ceniciento que lleva el mismo nombre de su raza. Son graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de adelante van para atrás. En cuanto al valor no han cobrado mucha fama, si bien es cierto que han tenido pollos que se las han tenido tiesas a los más pintados europeos; el duelo está prohibido entre ellos, y todas sus aspiraciones se reducen a comer engordar y fecundar a sus gallinas, para lo cual tienen admirables aptitudes”⁶ .

Semejante descripción caracterizaba a quienes persistían en la defensa de una cultura tradicional e hispanista, que no se abría a los nuevos tiempos, caracterizados por las ideas liberales y la concepción de la literatura como exponente del progreso humano y del cambio social e individual.

⁵ Peláez y Tapia, José; “Historia de El Mercurio”, Talleres de El Mercurio, Santiago, 1927. Pág 239.

⁶ “El Mercurio” de Valparaíso, 22 de junio de 1842, sección Variedades.

Sarmiento atribuye al pueblo la voluntad de cambiar y transformar el idioma, de modo que se adapte a los usos y variaciones que éste va generando para denominar y describir las nuevas situaciones que va deparando el devenir histórico. Resta valor, en este sentido, a la labor de gramáticos y juristas que pretenden fijar una versión estática y anquilosada del idioma, que no da cuenta de las nuevas condiciones a las que arriba la sociedad.

Sarmiento escribe, pero no escribe al azar, sino que su inspiración siempre está dirigida a la conformación cultural y mental de las jóvenes naciones que está viendo emerger y que a su juicio se deben encauzar por la senda de la modernidad y del progreso. Sus temáticas, sus representaciones, siempre están vinculadas con el sujeto habitante de estas tierras, que está pronto a convertirse en ciudadano, y a su entramado de relaciones sociales. Es a su conocimiento, a sus percepciones, a su ideario al cual él desea contribuir.

Su obra, sus artículos de prensa, están dirigidos y pensados para el debate. Es un hombre que plantea mundos posibles en el imaginario de chilenos y argentinos y que defiende la forma de alcanzarlos.

Una mirada muy puntual sobre “El Mercurio” de Valparaíso y una pequeña parte de su obra -la inicial- permite verlo como un intelectual de fuste y polemista consagrado, que trasunta desde ya la labor que le va a corresponder en años posteriores como intelectual y político, en su afán por dirigir a su país por la senda del progreso material y cultural, tal como lo ha visto en los países avanzados de Europa y en los Estados Unidos.

Esta mirada a “El Mercurio” muestra en forma pormenorizada, casi de modo microscópico, como ya en forma temprana se manifiesta el sentido de la obra de Sarmiento y no sólo en su labor periodística sino que en las distintas versiones de su labor intelectual. Eso lo convierte, desde su rol como intelectual, en un constructor social de la nación a través de los distintos medios de la cultura, tanto en Chile como en Argentina, y especialmente a través de la palabra escrita.

BIBLIOGRAFIA

- Castro Silva, Raúl; “Prensa y Periodismo en Chile”, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1958
- Donoso, Armando; “Sarmiento en el Destierro”, M Gleizer, editor; Buenos Aires, 1927
- Peláez y Tapia, José; “Historia de El Mercurio”, Talleres de El Mercurio, Santiago, 1927
- “El Mercurio” de Valparaíso, Ediciones: 12 de Febrero de 1841, 23 de Febrero de 1841, Jueves 4 de Marzo de 1841, Martes 16 de Marzo de 1841, Sábado 3 de Abril de 1841, 18 de abril de 1841, Miércoles 21 de Abril de 1841, Jueves 22 de Abril de 1841, 22 de Junio de 1842.